

*El*  
**CHICO**  
*de agosto*  
*Candela Ríos*

**T**ITANIA

Argentina • Chile • Colombia • España  
Estados Unidos • México • Perú • Uruguay • Venezuela

1.<sup>a</sup> edición Noviembre 2017

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.

## EDICIÓN NO VENAL

Copyright © 2017 by Candela Ríos

All Rights Reserved

© 2017 *by* Ediciones Urano, S.A.U.

Aribau, 142, pral. – 08036 Barcelona

[www.titania.org](http://www.titania.org)

[atencion@titania.org](mailto:atencion@titania.org)

ISBN: 978-84-16327-41-6

E-ISBN: 978-84-17180-17-1

Depósito legal: B-18.124-2017

Fotocomposición: Ediciones Urano, S.A.U.

Me imagino que os estáis preguntado qué es esto. Es decir, ¿se trata de un capítulo extra de la novela *Los chicos del calendario: agosto, septiembre y octubre?*, ¿de una escena inédita?, ¿Cande ha perdido por fin la cabeza del todo y escribe cuentos? Nada de eso, bueno, lo último nunca se sabe. Pero centrémonos, lo que tenéis en la mano es el resultado de unas cuantas llamadas de teléfono, de un acto de valentía y de una amistad que empezó hace años, y dejé olvidada.

Vamos por partes y empecemos por el final, porque así tiene más sentido.

«Una amistad de hace años y que dejé olvidada» (pero que recuperé el pasado agosto y desde entonces mantengo y mimo mucho): Nacho era vecino mío, crecimos juntos, íbamos a la misma clase y casi a diario volvíamos del cole de la mano. Es como el primo que nunca he tenido o, mejor dicho, el primo que siempre he querido tener, porque primos tengo, aunque no me gustan especialmente (lo siento, mamá).

«Un acto de valentía»: Nacho me escribió hace tiempo, igual que muchos de vosotros, vio mi vídeo de Youtube y después descubrió *Los chicos del calendario* y pensó que tal vez podría ayudarle con algo. No estoy siendo misteriosa adrede. Vale, sí, un poco, pero es que todo esto aparece en la novela y no quiero *spoilear* demasiado si por casualidad alguien lee esta historia antes. El acto de valentía no es que Nacho me escribiese, sino lo que hizo después de que yo me fuera de Asturias el pasado agosto porque, seamos sinceros, ¿se os ocurre algo que dé más miedo que enamorarte?

«Unas cuantas llamadas de teléfono»: Nacho me llamó en septiembre, esa parte no sale en la novela porque no es mi historia y él me pidió explícitamente que le guardase el secreto. Más que pedir, amenazó con dejarme abandonada en medio del bosque sin teléfono, sin agua, sin comida y sin zapatos y con nuestro Bambi (si habéis leído los chicos 4 sabéis a quién me refiero y si no, ¿a qué estáis esperando?) si hablaba. Después le llamé yo, ya me conocéis, algo curiosa soy, y le sonsaqué el resto de información y en octubre le supliqué que, por favor, por favor, por favor me dejase contaros su historia. Él puso una condición, que esperase un poco... y un poco he esperado. ¡Ya no puedo más! Y así me estreno como contadora de historias «no vividas en primera persona», aunque cuando *Los chicos* terminen —y averigüéis su final que os adelanto es de montaña rusa con el vagón acelerado, los ojos bien abiertos y gritando a pleno pulmón— seguiré escribiendo.

Sin más dilación, señoras y señores, chicas y chicos, niñas y niños, gatos y langostas, os dejo con Nacho y Petra.

# NACHO USAR BIEN LA LUZ

## I

«La felicidad puede hallarse hasta en los más oscuros momentos, si somos capaces de usar bien la luz». Es una frase de Albus Dumbledore en *Harry Potter y el prisionero de Azkaban*. La leí en un momento muy jodido de mi vida y, aunque no se lo dije a nadie, me la aprendí de memoria y la convertí en una especie de mantra personal. Claro que después la olvidé y me convertí en un verdadero imbécil.

Aunque esto probablemente —¿qué digo probablemente?, seguro— os sonará a presentación de alcohólicos anónimos, «hola, me llamo Nacho y esta es mi historia». Conozco a Cande de toda la vida, ni siquiera recuerdo el primer día que la vi. Es tres meses mayor que yo. Éramos vecinos, nuestros padres eran amigos y prácticamente crecimos juntos hasta que mi madre se largó con un señor que vendía batidoras y dejó a mi padre en la estacada y hecho una mierda. Nos mudamos a Asturias y la vida que habíamos llevado en Barcelona desapareció, Cande incluida.

Podría contaros que mi padre se recuperó enseguida o que nos acostumbramos a Asturias en un abrir y cerrar de ojos y todo fue maravilloso, y eso sería tan verdad como si os dijera que mi padre se con-

virtió en multimillonario o un jodido superhéroe. Fue una mierda. Mi padre estaba deprimido y cabreado; mi madre no solo se había largado con otro, sino que se había llevado con ella casi todos los ahorros; mi hermana tenía tres años y yo estaba a punto de entrar en la adolescencia. Dejad que os diga que ni el mejor de los magos puede iluminar eso.

Nos instalamos con los abuelos y el día a día se volvió más fácil para todos. No voy a aburriros con esa parte de mi vida, esta historia no va de eso, pero antes de poder seguir tengo que ponerlos en situación: empecé a mitad de curso en un colegio lleno de niños que hacía años que se conocían, yo era el nuevo, el desconocido que se suponía que tenía que integrarse. Todavía recuerdo la cara de lástima de la directora del colegio cuando nos recibió a mi padre y a mí unos días antes de que fuese a clase. El primer día, el que empecé, no dejé que papá me acompañase.

Ese día, mi primer día de colegio, estaba tan furioso, tan triste y tan asustado que apenas pude comer antes de salir de casa y grité a mi hermana y a mi padre. Gritaba mucho entonces. Llegué a la escuela, no tenía tan mal aspecto a esa hora y con niños y niñas llegando de todos lados, yo era uno más. Pero no, no lo era, pensé de repente. Seguro que ya circulaba el rumor sobre mi madre y el vendedor de electrodomésticos.

Quiero que entendáis que no me estoy justificando, os estoy explicando cómo era yo entonces.

—¿Qué vas a hacer con eso? ¿Piensas abrir el sobre en algún momento o crees que puedes adivinar lo que hay dentro con la mirada?

Mi padre aparta la otra silla que hay en la mesa de la cocina y se sienta. Deja dos tazas de café y da un sorbo de la suya.

—Ya sé lo que hay dentro, me llamaron del Ayuntamiento para decírmelo, esto es solo la comunicación oficial. —Acepto el café y también bebo un poco. No se lo he dicho nunca, pero el café de papá es

mucho mejor que el mío. Estoy pasando unos días en la ciudad y esta vez me he instalado aquí, en casa. Ahora estamos bien y supongo que en cierto modo buscaba esta conversación.

—Ah, es eso.

—Sí, es eso.

El jodido Ayuntamiento de nuestra ciudad se ha enterado de mi proyecto, *Valiente*, y ha decidido poner mi nombre, bueno, el de la asociación, a una plaza y hacer una importante donación.

—Tendrías que alegrarte, desde que saliste en el programa ese de Cande no dejas de recibir menciones, premios y cosas así. Es lo que querías, ¿no?

—No. Lo que quiero es ayudar, concienciar a la gente de lo que es el acoso realmente y ayudar a los niños que lo sufren tanto si...

—Eh, para, no me sueltes el rollo. Lo viví. Me acuerdo. Estoy orgulloso de ti, Nacho.

—Ya, gracias, al menos uno de los dos lo está.

—Deja de lloriquear, ¿quieres? Ha pasado mucho tiempo. Has cambiado, cambiaste hace años. Si uno de los dos tiene que sentirse culpable, soy yo. Tendría que haberme dado cuenta.

—Bastante tenías tú con lo tuyo, papá.

—Soy tu padre.

—Exacto, y siempre lo has sido. Te quedaste y... Joder, papá. Solo me faltaba esto —bromeo y los dos fingimos no habernos emocionado—. ¿Qué hago?

—Acepta que llamen *Valiente* a esa plaza, ve a la inauguración, corta la cinta o lo que sea y sigue haciendo lo que haces. El dinero os irá bien para crear esa app que me contabas el otro día.

Tengo en mente una idea, una app que sirva para que los niños puedan denunciar el acoso o hacer preguntas sin tener que hablar con un operador. Todos llevan móvil y a veces es más fácil escribirlo que decirlo en voz alta a otra persona.

—Petra vive aquí.

—Ah, es eso.

—¿Qué? Es normal que piense en ella, ella está en el centro de todo esto.

—No solo de esto, pero vale.

—¿Qué estás insinuando? —Las cejas de mi padre me ponen nervioso—. Le hice la vida imposible a esa chica durante años, papá, durante todo el instituto. Le hice pasar un jodido infierno.

—Has cambiado.

—Sí, vale, eso lo reconozco, pero entiendo que ella no quiera hablar conmigo o que no soporte mirarme.

—No sabes si es así, tal vez...

—Lo sé.

—¿Lo sabes?

—Intenté hablar con ella hace años —carraspeo y bajo la mirada—, cuando estábamos en la universidad, y ni siquiera me dirigió la palabra. Y ha habido otras ocasiones.

—Pero en agosto coincidisteis en Muniellos.

—A veces no sé por qué te cuento las cosas si después te montas la película que te da la gana, papá. Coincidimos porque ella fue allí con los niños de su escuela.

—Vale, fue por temas profesionales, pero hablasteis, ¿no?

—Hablamos.

—Pues vuelve a hacerlo. Llámala y dile lo que te preocupa. Sácatelo del pecho o acabarás volviéndote loco y ya no estoy para estas tonterías.

## 2

Petra es profesora. Recuerdo que, cuando desapareció de la ciudad al terminar el instituto, intentaba imaginarme qué estaría haciendo. No en plan enfermizo, sino como cuando has perdido algo vital y no logras encontrarlo. Me sentía culpable por todo lo que le había hecho, eso es cierto, pero al mismo tiempo la echaba de menos. Ahora puedo reconocerlo. En mi imaginación Petra se hacía astronauta o conductora de coches de fórmula uno, o ganaba el Nobel por descubrir la cura del cáncer, o escribía una novela que se convertía en un gran éxito.

Ella es capaz de todo y quería que viviese todos esos grandes sueños. Cuando me enteré de que había estudiado Magisterio me alegré, de repente todas esas fantasías me parecieron ridículas y comprendí que era el trabajo perfecto para ella. Sus alumnos tienen mucha suerte.

Mi psicóloga, la que me llevó durante años, y a la que yo llamaba loquera, seguro que ahora mismo me haría un montón de preguntas hasta hacerme entender por qué estoy tan nervioso y por qué creo estar al borde del infarto. Todavía la llamo loquera, aunque ahora es con cariño. Tal vez tendría que haberla llamado... Ya no voy a su consulta, me dio el alta hace años y los dos lo celebramos, pero nos llamamos de vez en cuando y siempre me acuerdo de mandarle una postal en Navidad y un ramo de flores por su cumpleaños. Cuando ella me dice «pues al final no has quedado nada mal, Nacho», siento que tal vez algún día lograré hacer las paces por completo con mi pasado.

«Tal vez lo lograré pronto», pienso optimista, hasta que veo llegar a Petra y mi optimismo se esfuma de repente. Me pongo en pie para recibirla, pero me basta con mirarla para saber que, si intento saludarla con dos besos, me dejará impotente aquí mismo.

—Hola, Petra. —Mierda, ahora mi voz suena como cuando tenía dieciséis años. Espero que ella no se dé cuenta y no recuerde esa época—. Gracias por venir.

—Te lo debía después de lo que pasó en Muniellos.

—Solo cumplí con mi trabajo.

En Muniellos, el parque donde ejerzo de guarda forestal cuando mi profesión de bombero me lo permite, uno de los alumnos de Petra decidió dar un paseo nocturno y se perdió. Yo le encontré, Cande me ayudó y también avisamos al resto de guardas de servicio, pero al final fui yo el que dio con el niño junto al arroyo.

—Bueno. Te lo debía. ¿Qué pasa? ¿Por qué querías hablar conmigo? ¿Estás de paso? Creía que tú no vivías en la ciudad.

Más claro no me ha podido quedar que mi presencia le molesta. Será mejor que sea breve y le cuente...

—¿Qué os pongo, parejita?

El camarero nos interrumpe y el modo en que se dirige a nosotros sobresalta e incomoda a Petra. Y de repente me molesta, no, mucho más, me retuerce el estómago que ella haya puesto esta cara de asco ante la mera mención de que estamos juntos.

—Yo nada, no puedo quedarme.

—Una coca-cola con hielo, por favor —pido, solo con el objetivo de que el chico se largue.

—¿De qué querías hablarme? —Ella no pierde el tiempo.

—¿Has visto la nueva plaza?

—Sí, ¿qué pasa con ella? —Disimula su confusión mirando al camarero que vuelve con mi bebida.

—Me han llamado del Ayuntamiento, quieren llamarla *Valiente* y

que yo la inaugure. —Abre los ojos y es evidente que no le hace ninguna gracia—. Hablé con alguien del equipo del alcalde, quieren hacerme una entrevista y preguntarme cómo surgió la idea de...

—No. No puedes hacerlo. No puedes decírselo. Niégate. Me lo debes.

—¿Por qué? —Veo que va a levantarse y apresuro mis palabras—. Me refiero a por qué no puedo hacerlo. No tenía intención de contarle a nadie lo que te pasó a ti. Nunca lo he hecho.

—Exceptuando a esa psicóloga.

Esta vez ella me mira a los ojos y a pesar del efecto que me produce —el mismo de siempre y que tengo grabado dentro— me mantengo impasible.

—Tuve que hacerlo. Necesitabas ayuda. Los dos necesitábamos...

—No quiero hablar de eso. —Ahora sí se pone en pie con el bolso colgando del hombro.

Yo también me levanto.

—Pues tal vez deberíamos hacerlo. —¿Qué estoy diciendo?— Tal vez es justo lo que tendríamos que hacer, Petra, hablar de ello.

—Vete a la mierda, Nacho, ahora ya no me das miedo, así que, vete a la mierda y déjame en paz.

Abandona la cafetería donde nos habíamos citado y yo lanzo cinco euros encima de la mesa y salgo corriendo tras ella.

—¡Espera, Petra! ¡Espera, por favor! ¡Por favor! —grito a pleno pulmón y la gente de la calle se detiene. No me da vergüenza, me importa bien poco si con ello consigo que ella frene un poco y me escuche.

—Está bien. —Un semáforo la obliga a reconsiderar la situación—. Dime lo que tengas que decirme. ¿Quieres que te dé mi permiso para inaugurar esa plaza, para que la llamen de esa manera? Pues no voy a dártelo, ¿te enteras? Haz lo que te dé la gana, pero te aseguro que si hablas de mí voy a...

—No voy a hablar de ti. Te lo prometo. Es más, estoy dispuesto a decirle al alcalde que no acepto este homenaje y que llame a la plaza de otra manera.

—¿Acaso crees que podrás convencerlo? Seguro que ya han pedido la placa...

No me cree, sé que no me cree.

—Tú eso déjame a mí. Si de verdad no quieres que la plaza se llame *Valiente*, no se le llamará así. Pero a cambio...

—¡¿A cambio?! No puedo creerme que estés intentando negociar conmigo, Ignacio.

—No utilices tu voz de profesora ni mi nombre entero, Petra. —Creo que estoy sonriendo, pero es raro porque en las pocas veces que hemos coincidido de mayores siempre intento aparentar que nada me afecta—. No estoy negociando. Vale, sí, un poco, pero tú misma has dicho que estabas en deuda conmigo por lo de Muniellos.

—Y he saldado la deuda acudiendo a esta cita.

—Esto no ha sido una cita. Acepta cenar esta noche conmigo, una cita de verdad, de cuatro horas. Y, si al terminar decides que no quieres que la plaza se llame *Valiente*, llamaré al alcalde y conseguiré que le cambie el nombre.

—¿Cuatro horas? Dios mío, ¿pero qué estoy diciendo? No pienso tener una cita de cuatro horas contigo.

—Tres.

—¿Por qué? Lo que pasó —traga saliva— pasó. No quiero recordarlo, nunca he querido recordarlo. Tú has rehecho tu vida, felicidades. Ya no eres un matón abusón, genial, me alegro por ti y por tu familia. Pero yo... —le brillan los ojos y, joder, lo que daría por tener derecho a abrazarla—, yo no quiero hablar de ello.

Le estoy haciendo daño otra vez, comprendo de repente.

—Yo... lo siento, Petra. Lo siento mucho. —Me paso las manos por el pelo a ver si así me contengo y no la abrazo—. En el colegio tú fuiste

la única que fue buena conmigo y yo... Mierda. Me gustabas, ¿vale? Me gustabas muchísimo y sé que te hice daño. Tendría que haberme dado cuenta de lo que estaba haciendo, de las consecuencias de mis actos. —Ella me mira inmóvil como si estuviera ante un loco, temerosa de lo que pueda hacerle. Estoy perdido y esto es humillante y patético y me lo tengo bien merecido—. Odiaba estar aquí, mi madre se había largado con otro hombre y nos había dejado sin dinero. Nos fuimos de Barcelona de la noche a la mañana, apenas pude despedirme de mis amigos. Mi padre estaba mal y lo poco que atinaba era a cuidar de mi hermana pequeña. Se suponía que yo era fuerte y yo... Joder. Yo quería llorar y esconderme debajo de la cama y cuando iba al colegio y tú me sonreías durante un segundo me hacías creer que todo se arreglaría. Y nunca se arreglaba y te odiaba por ello.

—Nacho, yo...

—Tranquila, no voy a volver a molestarte. Llamaré al alcalde y le diré... —Meto las manos en los bolsillos—. No tengo ni idea de qué voy a decirle. Pero no te preocupes, conseguiré que esa plaza no se llame así.

—Esta noche, a las nueve, en la pizzería que hay cerca de nuestro instituto, ¿de acuerdo?

Tardo unos segundos en procesar lo que me está diciendo.

—De acuerdo.

### 3

—No sé exactamente por qué he accedido a esto. —Es lo primero que me dice Petra al llegar—. Pero creo que, si no quieres que me dé un ataque y salga corriendo de aquí, lo mejor será que no hablemos de lo que pasó en el instituto cuando éramos pequeños ni de lo de agosto en Muniellos, ¿te parece bien?

Me parecería bien hacer malabares y hablar en verso si ella me lo pidiera.

—Claro. No hay problema.

Al principio es la peor cita que he tenido nunca. No he tenido demasiadas, a estas alturas ya habréis deducido que no se me da muy bien hablar con las mujeres y que, en mi subconsciente, o no tan subconsciente, siempre he pensado en Petra. Al cabo de un rato, cuando los dos conseguimos dejar de hablar del tiempo y a medida que vamos respondiendo a las preguntas del otro la sinceridad se abre paso por entre la mera buena educación.

Petra es muy divertida, de pequeña ya lo era, pero ahora además es sarcástica y punzante y yo acabo de descubrir que esas dos cualidades juntas me resultan de lo más atractivas y sensuales. Cuando se ríe —algo que solo he conseguido dos veces—, joder, cuando se ríe se me acelera el pulso y se me seca la garganta porque es el sonido más sexy que he oído en toda mi vida.

Estoy metido en un jodido lío. Esto va a acabar muy mal. Épica-mente mal.

Ella me pregunta por mi profesión, por mi trabajo en Muniellos y también por mi padre y mi hermana. Después me pregunta por Cande y le cuento lo que sucedió en el río. Es la tercera vez que consigo que se ría. La invito a cenar, ella insiste en pagar la mitad, porque dice que ella ha elegido el sitio, y no discuto. No quiero hacer nada que pueda estropear el buen humor que veo en su rostro. Decidimos caminar, yo he ido andando hasta allí porque necesitaba pensar y ella me explica que ha ido en taxi.

—Pero me apetece regresar a casa paseando. No hace falta que me acompañes, no te preocupes.

—No me preocupo —miento un poco con una sonrisa—, a mí también me apetece pasear y, si a ti no te importa, me gustaría hacerlo contigo.

Se sonroja. Es la primera vez que veo aparecer el rubor en sus mejillas y no sé si es por el viento que empieza a soplar, por el vino que hemos bebido, aunque apenas han sido dos copas, o por lo que le he dicho. Durante el paseo seguimos hablando, pasamos de comentar libros —tiene un gusto muy similar al mío— a hablar de series de la tele —donde también coincidimos— y después música.

—Me niego a aceptar que no te sabes ninguna canción de Britney Spears. Todo el mundo se sabe el estribillo de alguna canción de Britney Spears. Todo el mundo.

—A ver, Petra, hay personas como yo que tenemos criterio musical.

—Criterio u os habéis criado en una cueva.

—Eso también.

Llegamos a su casa y miro el portal con rabia, ¿por qué no está más lejos?, ¿tal vez en otra ciudad?

—Bueno, ya hemos llegado. Gracias por esta noche, Petra.

Ella no dice nada, busca la llave en el bolso y me pregunto si volveré a verla alguna vez, y si esta noche ha sido un espejismo o una especie de terapia de choque que los dos nos hemos impuesto.

—No hace falta que le digas al alcalde que cambie el nombre a la plaza. —Está dándome la espalda, concentrada en la cerradura—. Puede llamarse *Valiente*.

Ahora no logro detenerme. No puedo no tocarla y levanto con mucho cuidado la mano derecha para colocarla durante un segundo, solo un segundo, en su hombro. Petra se da media vuelta y yo doy un paso hacia atrás para no asustarla. Me imagino que a pesar de estas tres últimas horas no le gusta tenerme cerca.

—Gracias.

—De nada —responde ella.

—Petra, ¿crees que podríamos hablar de vez en cuando? No digo que tengamos que ser amigos ni nada por el estilo, solo quiero que no nos evitemos. —Solo me evita ella a mí, pero elijo el plural para no sentirme tan torpe—. No hace falta que decidas ahora. Gracias por esta noche. Te llamaré cuando vuelva a estar en la ciudad y tú decide si me contestas, ¿vale?

—Vale. Buenas noches, Nacho.

—Buenas noches.

## 4

La inauguración de la plaza fue bien. No invité a Petra porque no me atreví y la verdad es que pienso que hice lo correcto. Creo que tanto ella como yo necesitábamos dejar atrás esa parte de nuestro pasado. No podemos negarlo y siempre formará parte de nosotros, pero no puede ser todo lo que compartamos. O eso es lo que yo espero.

No la llamé ni la invité a la inauguración, pero sí que le mandé, en un sobre, un trozo de la cinta que el alcalde me hizo cortar. Estaba atada de un árbol a otro. Adjunté una nota en la que le decía que la mitad era suya y ella me mandó un mensaje. Tenía mi teléfono de cuando había estado en Muniellos y, aunque fue breve —«gracias por la cinta, es muy bonita, parece resistente»—, sonreí como un idiota durante días.

Cumplí mi promesa, la que me hice a mí mismo y a mi padre, y volví a llamar a Petra cuando bajé a la ciudad. Podría haberme ahorrado el viaje, fui a ocuparme de unos trámites que bien podría haber dejado para más adelante, pero pensé que así podía decirle sin mentir que no estaba allí solo por ella.

Me sorprendió que me contestase el teléfono, en realidad sigue sorprendiéndome, y que me saludase con cierta alegría. Fuimos a tomar un café, ella tenía una cita y yo fingí que me daba completamente igual cuando me lo dijo. Volvimos a quedar días más tarde y establecimos una especie de rutina; nos veíamos una vez por semana e intercambiábamos dos o tres mensajes a lo largo de los días, cosas

absurdas, comentarios sobre el libro que estábamos leyendo, la última película que habíamos visto o series de la tele. Un sábado por la mañana ella me mandó un vídeo de Britney Spears solo para hacerme enfadar. Aunque consiguió que me riera y que... bueno, otra clase de reacciones.

—Hoy estás muy serio —me dijo hace cinco semanas. La última vez que nos vimos, porque ella tenía que asistir a un congreso en Madrid y no iba a poder quedar hasta que volviese.

—Lo siento, tengo muchas cosas en la cabeza.

—Pareces preocupado, ¿ha sucedido algo? Podríamos haber quedado otro día.

Sabía que mi comportamiento era absurdo, irracional, pero me hervía la sangre y no logré morderme la lengua.

—¿Qué estamos haciendo, Petra?

—¿Qué quieres decir? —Ella fingió no entenderme, sé que fingió porque apartó la mirada—. Estamos cenando pizza y tú parece estar en otro planeta.

—¿Somos amigos?

Dejó el tenedor y noté que cambiaba, que volvía a distanciarse.

—No lo sé, Nacho. Es complicado, ¿no te parece? Con lo que sucedió... no sé si podemos ser amigos.

Me costó respirar durante un segundo.

—Tus mensajes, escribir los míos, es la mejor parte del día. Y verte, cuando sé que voy a verte, que vamos a salir a cenar o a tomar un café o incluso aquel día que tuve que acompañarte a cambiar el móvil y nos pasamos las tres horas encerrados en esa tienda, fue lo mejor del día, de la semana.

—Nacho, yo —tragó saliva y volvió a mirarme—. A mí también me gusta verte y escribirte, pero tal vez deberíamos dejar de hacerlo. Replantearnos todo esto.

—¿Por qué?

—Porque en el colegio tú me destrozaste y yo, ya sabes lo que pasó.

—Lo sé y lo siento. Te he dicho que lo siento.

—Y te creo.

—Pero no puedes perdonarme.

—¿Tú puedes?

Me quedé mirándola, Cande me había dicho lo mismo. Mi padre me había dicho lo mismo. Mi psicóloga me había dicho lo mismo.

—Estas últimas semanas creía que sí —le dije sincero, más sincero de lo que he sido nunca—. Pero tal vez me he equivocado.

—Tengo que irme a Madrid y me esperan unas semanas muy complicadas. —Bebió un poco de agua y la vi colgarse el bolso. Yo no pude moverme—. Te llamaré cuando vuelva.

No iba a llamarme.

—De acuerdo.

Se puso en pie y sin alejarse miró hacia la puerta y después a mí. Me recordó a los cervatillos de Muniellos, cuando se quedan quietos y no saben si acercarse a ti o salir huyendo.

—Adiós, Nacho. —Se agachó y me remató dándome un beso en la mejilla.

Hoy me ha llamado. Hoy, cuando se cumplen exactamente cinco semanas de su viaje a Madrid. Daba por hecho que no iba a hacerlo, no he recibido ningún mensaje ni nada que me indicase que tenía la menor posibilidad de que Petra pensase en mí. Al principio me dije que su decisión de cortar su amistad conmigo, o lo que fuera que tuviésemos, no iba a afectarme, pero cuando me di cuenta de que estaba escuchando a Britney y que empezaba a saberme sus letras de memoria, no tuve más remedio que asumir que tenía un problema.

Quería explicarle a Petra que por fin sabía por qué me había obsesionado con esa frase de Dumbledore, por fin había aprendido a utili-

zar bien la luz y la había encontrado a ella. En realidad, la había encontrado cuando más la necesitaba, cuando me mudé aquí y me sentía tan solo y abandonado, pero no había sido capaz de entenderlo.

Hemos quedado dentro de cinco minutos en la cafetería de siempre. Eso decía su mensaje: «a las seis en la cafetería de siempre».

He tenido que cambiar un turno, habría cambiado mil más con tal de estar aquí hoy. Mañana no trabajo, así que si ella me da plantón o me dice que ha decidido no volver a verme nunca más, no tendré que preocuparme por la resaca.

Espero, ya llega media hora tarde. Sigo esperando, he pedido un agua y el camarero me mira de vez en cuando. Pido otra para ganarme un poco de intimidad. Una hora tarde y ningún mensaje. Tengo el móvil encima de la mesa e incluso he llamado a mi padre y le he pedido que me mandase un wasap para comprobar que funcionaba. Voy a pasarme años aguantando sus bromas al respecto.

Dos aguas y casi dos horas más tarde me doy por vencido y me voy. Pago al camarero, que me mira con cara de pena, y salgo a la calle decidido a ir en busca de un bar o tal vez lo mejor será que vaya a casa, papá no está y podré beber tranquilamente.

Sí, eso será lo mejor.

—Nacho, espera.

Sacudo la cabeza porque creo haberme imaginado su voz, pero se me ha erizado el pelo de la nuca y me resigno a darme media vuelta y llevarme una decepción.

—Petra, ¿qué haces aquí?

Está plantada en medio de la calle y tiene cara de pasar frío, se abraza a sí misma y el viento la despeina.

—Tenía miedo de entrar.

—Joder. —Creo que el mundo se desmorona bajo mis pies—. Dios no, Petra. Yo... yo jamás volveré a hacerte daño. Nunca más te haré daño. Puedes decirme que no quieres volver a verme nunca más, no

pasa nada. Hagas lo que hagas, pase lo que me pase, jamás volveré a hacerte daño. Ni a ti ni a nadie.

—No es eso, a ti no te tengo miedo. Ya no.

Me duele recordar que hubo una época en la que lo tuvo, pero el corazón se me acelera al ver cómo me mira. Soy yo el que ahora está aterrorizado.

—Entonces, si no es de mí ¿de qué tenías miedo?

No entiendo nada, lo único que logro procesar es que ella está aquí delante de mí y que no iba a dejarme plantado. Lleva todo este rato observándome desde la calle.

—Te he echado de menos.

—Yo también a ti.

—Y pienso mucho en ti.

—Yo también pienso mucho en ti, Petra.

—Y... tus mensajes, escribirte, es lo mejor de mi día. Verte es lo mejor de mi semana —repite lo que le dije yo hace semanas.

—¿Por qué no ibas a entrar?

—Porque qué clase de chica quiere estar con el chico por el que estuvo a punto de...

No puedo dejar que termine esa frase, le cae una lágrima y mi cuerpo reacciona y se acerca al suyo. Mis labios se detienen en los de ella, los acarician. Nunca había sentido nada igual. Su respiración se detiene un segundo, tal vez decida apartarme. Yo no me atrevo a profundizar el beso, a besarla como llevo años deseando hacerlo, a recorrer esos labios con los que llevo semanas torturándome.

—Petra, yo...

Estoy a punto de apartarme, pero entonces ella me rodea el cuello con los brazos y su respiración se desliza hacia mi boca.

Respiramos juntos y su lengua acaricia mis labios.

Nos besamos, empezamos despacio y dos suspiros más tarde estoy dándole el beso más frenético y carnal que le he dado nunca a nadie.

Quiero meterme dentro de ella, convertirme en los suspiros que salen y entran de su cuerpo, seguir el ritmo de los latidos de su corazón.

—Petra —pronuncio su nombre al separarnos.

—¿Sabes una cosa, Nacho? —me acaricia el pelo.

—No, no sé nada. —Ella me sonrío y vuelve a ponerse de puntillas para besarme.

—Creo que por fin somos amigos.

—Yo quiero ser mucho más.

La beso, llevo tanto tiempo esperando tocarla, besarla, que mi cuerpo está en estado de shock. Cada beso es mejor que el anterior y me tiemblan las manos y las piernas, algo que solo consigo disimular gracias a mi gran masa corporal (alguna ventaja tiene que tener ser enorme) y, cuando Petra vuelve a sonreír tras uno de mis gemidos, temo haberme delatado.

Ella no está preparada para todo lo que necesito contarle y tal vez yo aún tampoco.

—¿Sabes otra cosa, Nacho?

—No, sigo sin saber nada.

—Yo también quiero mucho más.

El mucho más llega en su casa, cuando estamos desnudos y ella susurra mi nombre junto a mi oído y yo la abrazo, la beso, me olvido de todo excepto de Petra, excepto que por fin estoy aquí y mi corazón ha aprendido a usar bien la luz.

FIN

(de momento)

# CANDELA

Ya os había dicho que teníais que conocer a Nacho y a Petra, podréis averiguar el resto de su historia o, mejor dicho, el principio en *Los chicos del calendario: agosto, septiembre y octubre* y, si me seguís en las redes, os contaré qué hacen hoy en día.

Besos,

Cande

